

Sus hijos, llamados *Hijos de Dios*.—Antonio, jefe de los anacoretas.—Nuevo culto á Dios en la vida cenobítica.—Los jóvenes de hoy se afanan por parecer hombres en todo, y nosotros les ayudamos en sus ilusiones.—Antonio, joven aún, recorre mucho camino moral y material, como Abraham en el desierto.—Sus tentaciones y sus frases al tentador.—El viejecillo fuerte ante tanto ruido diabólico.—Su primera salida del desierto, ya en edad madura.—El deseo del martirio.—No debía morir tan pronto, ni mártir.—Consuela á los mártires en Alejandría.—Su segunda salida á los ochenta años, á combatir á los arrianos.—Su elocuencia y destreza.—Vuelve al desierto.—Su entrevista con Pablo.—El cuervo y los leones.—Tercera salida á Alejandría, á los ciento y cuatro años.—Salva la Religión y la sociedad.—Confunde al arrianismo y confirma en la fe al emperador y á sus hijos.—El cántico del anciano Simeón.—Ha visto el triunfo de la Iglesia.—Luego ve la gloria.—Su culto y milagros.—Le ha mostrado el Señor su salud, tras una longevidad dilatada.—Reflexiones sobre toda la doctrina del panegírico.—Súplica á San Antonio.

SERMON

PANEGÍRICO DE SAN SEBASTIÁN, MÁRTIR

*Arcum conteret, et confringet arma,
et scuta comburet igni.*

Hará trizas el arco, y quebrará las armas, y quemará al fuego los escudos.

(Ps. XLV, v. 10.)

En los primeros tiempos del mundo, cuando los *Hijos de Dios*, según los apellida la narración genesiaca, se mezclaron con las hijas de los hombres, preparando así la fatal carrera de corrupción y de abominaciones que había de tener al fin su natural y terrible desenlace en el diluvio, nacieron de esa lamentable unión los gigantes, hombres de colosal estatura y hercúleas formas y proporciones, según el lenguaje bíblico, diestros en el arte de la guerra.

Desde entonces, y aun después, en la raza noemítica superviviente, más que todo, sin duda, bajo las tiendas malditas de Canaam, tuvo origen esa amenazadora continua expresión, esa manifestación constante de la fuerza bruta, que sobreponiéndose á la razón y á la humanidad, y á los adelantos de la civilización y del progreso, aun en los siglos que más alardean de una y de otro, ha ensangrentado, y ensangrienta, y ensangrentará siempre la tierra, por más que se vociferen las tareas de la diplomacia, la paz armada y otra porción de vocablos que expresan solamente una idea por todo extremo desoladora:

la guerra; la fuerza material y física, individual en los primitivos tiempos, gradualmente adelantada por medio de los más horribles inventos del arte, para sustituir á esa superioridad individual, la superioridad de las armas, abatiendo así el verdadero valor, y sustituyéndole con la precisión y la rapidez en dar la muerte.

Y como consecuencia de todo, el derecho de parte del más poderoso, y la justicia confiada al éxito de una campaña más ó menos duradera, y ya en nuestros tiempos, acaso de una sola decisiva función de guerra: ni más Dios, ni más razón, ni más ley: Nemrod, robusto cazador, según la Biblia, fué también, y en consecuencia, el primer tirano: *¿Qué divinidad reconocéis?* preguntaba San Olao á un pirata; y él respondió sin vacilar: *Mi espada.*

Y no podía menos de suceder así, porque la fuerza física, aunque es un don y una circunstancia puramente casual, causa, sin embargo, admiración natural, que va siempre acompañada de temor: la fuerza material de los brutos, de la serpiente, del cocodrilo, del tigre, les valieron altares, entre los hombres primeros; y cuando hombres asaz valientes y esforzados, y más inteligentes y astutos que estas divinidades improvisadas por la fuerza, supieron domesticar la suya, la humanidad les elevó altares, á su vez, y les apellidó héroes, excitando así más y más su orgullo ingénito y su natural fiereza, con lo que acabaron por creerse superiores á los demás hombres, formados de un barro más noble y de mejor calidad, y por insultar á los dioses, constituyéndose divinidades sobre la tierra.

Cuando se acercaba, por fin, el dichoso reinado de la paz, predicho por Isaías; cuando debía quebrarse la vara opresora del cobrador de tributos, como en los días de Madián, para usar la misma frase revelada, y todo instrumento de guerra y de destrucción debía ser entregado al fuego, y los pueblos debían convertir sus lanzas en hoces, y forjar sus espadas en rejas de arado; cuando no pelearían ya, ni se darían mutuamente los hombres la muerte en toda la vasta extensión del

Monte Santo del Señor, porque se daba al mundo el Príncipe de la Paz, el que no rompería la caña quebrada, ni apagaría la mecha humeante; cuando venía Jesucristo, en fin, á dar la verdadera paz y la genuína libertad al mundo oprimido y conturbado; allá en las riberas del Jordán, se acercaron los hombres de guerra al Bautista, y enternecidos sin duda á su vez ante las amenazas del Precursor, que predicaba urgente la penitencia, como única tabla de salvación, en inminente catástrofe, y llamaba raza de víboras á los hijos de Abraham, y aseguraba que no escaparían á las iras del Cielo, que ya se venían encima, porque la segur estaba puesta á la raíz del árbol, los soldados, repito, no creyéndose asegurados suficientemente bajo sus capacetes y sus cotas de cuero, se acercaron á Juan, y le preguntaron: *Y nosotros, ¿qué haremos?* Y les respondió: *No maltrataréis á nadie, ni le calumniaréis, y contentaos con vuestro sueldo.*

¡Bella ordenanza, admirable disciplina, santa y augusta organización, que respeta la noble profesión de las armas, que autoriza la guerra justa, que modera sus excesos, y viene á ser como el programa y la base de aquella milicia claustral, acaudillada por el Abad de Fitero, de la que ha sabido decir admirable, como siempre, la Iglesia, que conducidos sus guerreros monjes, como leones por el clarín, y como corderos por la campana, á semejanza del pueblo de Israel, marchan con serena y prudente paz al combate!

¿Qué es esto, hermanos míos? Es el Evangelio de Cristo, haciendo lo que no ha podido, ni podrá hacer jamás ni el progreso, ni la civilización, ni la filantropía, ni la diplomacia; aminorando, en lo posible, el mal; sacando del mismo mal el bien; condenando los abusos y respetando las instituciones, el Catolicismo ha sabido presentarnos en esta, como en todas las cuestiones de la más alta importancia social que resuelve, el más admirable tipo del soldado cristiano en Sebastián; ya es hora, por cierto, de pronunciar su nombre y de sentar la proposición sobre que voy á basar su elogio: *Sebastián, soldado*

y mártir, es la guerra trocada en paz; pero apoyada en el muro de la fortaleza cristiana, invencible.

Dios de los ejércitos y de las batallas; de la tribu de Efraim, diestra en el manejo del arco y de la saeta; de los cuarenta mártires de Sebaste; de Plácido, de Gordio, de Mauricio y de la legión Tebea, ven á mi socorro en esta mañana: Tú, que desalojaste un día al fuerte armado príncipe de las tinieblas de los atrios de mi pobre alma, cabalmente bajo la tutela de San Sebastián, titular de mi pila nativa en la villa y corte de Madrid, envíame el arco de su fortaleza y las saetas de su amor, para que pueda yo clavar santamente la memoria de sus triunfos en el corazón de mis oyentes y sus devotos; que como lo son también de María, interponen conmigo su valimiento, con las palabras del Angel:

AVE MARÍA.

¿Habéis leído todos los que me escucháis, mis queridos hermanos, la nunca bien ponderada *Fabiola* del Cardenal Wissemán? ¿Os habéis fijado bien, detenidamente, en todos sus detalles, en su inimitable poesía, en su profundidad de pensamientos, en su riqueza inapreciable de datos, en su entusiasta sabor cristiano de los tiempos felices de las Catacumbas y de los circos, de los mártires y de los tiranos? Si fuese así; si yo estuviera convencido de que esa acabadísima obra del Primado de Inglaterra, de santa y veneranda memoria, os era familiar, hasta el punto de estar empapados completamente en sus incalculables bellezas, descendiera inmediatamente de esta Cátedra de la verdad, ó á saberlo antes, no habría subido á ella; porque Sebastián, retratado allí con el pincel afamado del sabio antecesor de Manning, oscurece ya todos los retratos que puedan hacer de tan noble y santa figura los artistas de la palabra y de la pluma, escritores y oradores, en fin, más elocuentes que el que os habla en este momento.

Pero á falta de ese libro quizás, y de la pobre elocuencia

mía, desde luego, fijad vuestros ojos en esa santa imagen; y allí, en ese cuerpo desnudo, amarrado y cubierto de heridas, descubriréis los dos grandes principios de esa nueva milicia de Cristo: la paz y la fortaleza; ó como ha sabido decir, mejor que yo, la Iglesia, la fe de los mártires impuesta al mundo y defendida bizarramente, no dando, sino recibiendo heridas; no conservando, sino derramando la sangre propia en esa defensa.

Cárceles de Roma, que guardabais en vuestros oscuros calabozos las nobles y resignadas víctimas destinadas al potro, á la catasta, á las parrillas, al cuchillo, á los leones: muros ennegrecidos y horribles, salpicados con la sangre de los mártires; pavimentos en que yacían destrozados sus cuerpos; cadenas y argollas, que oprimíais sus miembros descoyuntados ó desfallecidos, hablad: hablad con ese lenguaje mudo, pero elocuente, de los objetos y de los hechos consumados, y mostradnos á Sebastián, al noble soldado de la paz, al capitán de guardias del Emperador, que llevando ceñido el capacete, y vestida la clámide, y al cinto la espada, sabe llevar, sin embargo, la paz y el consuelo, y la tranquilidad, y el socorro á esas mansiones del dolor, de la lucha y de la pobreza; y que semejante á los Apóstoles, esparciendo la luz del Evangelio por toda la redondez del globo, presenta por delante la palabra *Paz* para todo el mundo, al tocar á todas las puertas, en la misma forma que la recibieron un día de su Divino Maestro.

Y con la paz, la fortaleza en los tormentos y la exhortación á la constancia y las coronas de laurel afirmadas en las sienes de muchos, que acaso las hubieran perdido para siempre, sin la presencia y los consejos del esforzado capitán de arqueros; y las curaciones, don de apostolado, que acompaña inmediatamente á la paz, como el don de milagros, y las luces divinas, y las apariciones angélicas.

¡Marco y Marceliano, suspendidos entre la vida y la muerte, entre los tormentos y los halagos, entre la ferocidad de los verdugos y las lágrimas de los autores de sus días, ánimo y

esfuerzo! ¡El Señor de la paz es el Señor de los ejércitos! ¡Y el que, á ejemplo de San Sebastián, sabe hacer trizas el arco y las armas, y entregar al fuego el broquel y el escudo, sabe también resistir, y entregar el cuerpo á esas mismas armas y derramar hasta la última gota de sangre, como soldado invencible de Jesucristo!

Hable ahora San Ambrosio, y veréis una luz divina, semejante á la que debió inundar el aposento nupcial de la virgen Cecilia, en la noche de sus desposorios, brillando en casa de Nicóstrato, en derredor del capitán de Diocleciano; y veréis al Salvador dándole ósculo de paz, y prometiéndole ser su escudo y su defensa, y señalándole la escolta de siete ángeles que forman su guardia de honor en aquel momento: aguardad un sólo instante, y oiréis la dulcísima voz de Zoe, que recobra el habla, porque Sebastián ha tocado con la señal de la Cruz su boca; fijaos en todos aquellos neófitos, que padecían alguna enfermedad, y los veréis recobrar la salud al contacto del vestido de guerra del soldado cristiano, al ser regenerados en las saludables fuentes del Bautismo: mirad á Nicóstrato, oficial de Cromacio, convertido; á Claudio, alcaide de la cárcel, y á sesenta y cuatro presos más, trasformándose en discípulos verdaderos de Cristo; á la familia entera de los dos hermanos vacilantes en la fe, confesándola ya con entusiasmo; y lo que es más, al mismo Cromacio, Vicegerente del Prefecto, á toda su noble prosapia y á cuatrocientos esclavos, hechos libres en un día con la libertad del Hijo de Dios: ¿no es esto romper el arco, las saetas, las armas todas, y entregar al fuego los escudos, el Dios de la paz, y romperlas por medio de un nuevo y esforzado Centurión, más dichoso que el del Evangelio, y más glorioso que el de los Hechos de los Apóstoles?

Pero este nuevo género de guerra de Sebastián contra los dioses del Imperio, debía suscitar la más horrible persecución y tormenta: huye Cromacio, siguiendo el consejo evangélico, y ofrece á la cristiandad perseguida un generoso asilo en sus posesiones de la campiña; pero Sebastián no se retira; hasta el

Vicario de Jesucristo en la tierra, el Santo Papa Cayo, le otorga el permiso de quedarse, convencido de sus razones y de su valeroso esfuerzo, con estas notables frases, que constituyen su más glorioso panegírico: *¡Quédate en buen hora, hijo mío, en el campo de batalla; y en traje de oficial del Emperador, sé glorioso defensor de la Iglesia de Jesucristo!*

Comienza, mis hermanos, ahora la lucha del soldado cristiano apoyado en el muro invencible de su fortaleza; cual en función de guerra extendida ya por toda la línea de combate, caen al lado de Sebastián, que los anima hasta en el mismo suplicio, la primera la animosa Zoe; después Tranquilino; luego Nicóstrato y su hermano Cástor, Claudio, Sinforiano y Victorino, son conducidos á Ostia y precipitados en el mar, como Clemente, el Santo Papa desterrado en las minas de Quersona; Tiburcio, hijo de Cromacio, entrega su cuello al filo de la espada; Cástulo, oficial del Emperador, es enterrado vivo, como las vírgenes de Vesta descuidadas en alimentar el sagrado fuego; y los hermanos Marco y Marceliano perecen amarrados á un tronco, bajo una lluvia de saetas; Sebastián es delatado por un infeliz apóstata: ¡también en Sebaste hubo un soldado cobarde entre sus cuarenta Mártires! ¡También por un discípulo traidor fué entregado á sus enemigos el Divino Maestro!

El capitán de la primera compañía de guardias es introducido á la presencia del monstruo que se sentaba en el trono de Calígula, de Heliogábalo y de Tiberio, de Nerón y de Caracalla, y acusado de infidelidad y de abuso de la confianza regia: el soldado de la paz, herido en la fibra más delicada del hombre de honor y de conciencia, rechaza, en términos respetuosos, tan infundado cargo, y predica en alta voz á Jesucristo en presencia del tirano, asegurándole de nuevo de su fidelidad y obediencia, fuera de su libertad de acción religiosa; y como Diocleciano, representante entonces de la fuerza bruta, no quiere entender ese lenguaje, ni reconocer la supremacía del verdadero Dios, manda formar en el patio de su pala-

cio la guardia de sus arqueros, y Sebastián, despojado de sus insignias militares, es cubierto de saetas por sus mismos compañeros de armas, que según la orden del Emperador, y la ferocidad de sus propios sanguinarios sentimientos, procuran no asestar á los órganos principales de la vida, para proporcionarle así más doloroso y duradero suplicio.

¡Soldados mártires todos, venid! ¡cubrid con vuestros invisibles broqueles el cuerpo ensangrentado y desfallecido del héroe de Narbona, ó más bien su cabeza de laureles, porque Sebastián desea morir por Jesucristo, y Sebastián, sin embargo, no muere! ¡Ni una queja, ni un suspiro se eleva del corazón y de los labios del mártir; ni una lágrima se ha desprendido de sus ojos, hasta que falto de sangre y de fuerzas, ha inclinado su cabeza sobre el duro tronco, cual la inclinó el Salvador sobre el afrentoso madero! ¡Viuda de Cástulo, acude! ¡no necesitas buscar en las entrañas de la tierra el cuerpo de Sebastián, como el de tu dichoso marido! ¡Irene, ven, que Sebastián tiene aún vida!

Y la tiene para proseguir su obra de fortaleza, como prosiguió la de paz hasta el fin: la tiene como buen soldado de Cristo, y aun del Emperador, para colocarse en el más elevado peldaño de la escalinata de Heliogábalo, y esperar el paso de su ingrato y cruel señor, y aparecerse á él, ligado aún con los lienzos de la caridad cristiana, desfigurado, pálido, pudiendo apenas sostenerse ¡buen soldado del Emperador y de Cristo! y reprocharle todavía, con respeto, pero con valor, su conducta para con los cristianos, y asegurarle nuevamente que en los mismos se hallaban sus más fieles servidores.

La aparición de Samuel á Saúl en la cueva de la Pitonisa de Endor, la noche precedente á la catástrofe de las montañas de Gelboé: las sombras que debieron vagar junto á los ensangrentados troncos de Athalia y de Jezabel, y los espectros que vagaban ante la tienda de Ricardo III de Inglaterra en la víspera de su última batalla, debieron ser pálidos reflejos del espanto y del terror que ocupó el corazón del monarca entonces

más poderoso de la tierra, ante el aspecto de su capitán de guardias; creyó sin duda que la barca de Caronte le devolvía aquel pasajero, cubierto de ensangrentado hierro, pero sin la moneda de pasaje con que cerraba sus ojos y su boca la ridícula filantropía pagana; y cuando se convenció de que vivía, trémulo, asustado á la vez que enfurecido, manda que sea llevado al circo, apaleado vil y brutalmente, hasta espirar, y arrojado después en lo más profundo de una cloaca, para impedir la sepultura de aquel hombre indomable, de aquel conspirador incorregible.

¡Diocleciano! ¡Diocleciano! ¡Tú ignoras ciertamente unas frases del Libro Santo de los cristianos, que persigues! *No hay consejo contra Dios*, ni poder, ni fuerza, ni resistencia alguna á sus divinas y eternas resoluciones: el que sabe llamar á las aves de rapiña para defender los cuerpos insepultos de sus servidores; el que cambia la naturaleza de las fieras para defenderlos; el que hace vomitar á los mares sus venerandos restos y al fuego retirar sus abrasadas lenguas, y á todos los elementos, y á todas las criaturas, por último, servir de trono á la gloria de sus Santos, que es también, y ante todo, la suya propia, sabrá sacar el cuerpo de su soldado, que ya no es tuyo, de ese inmundo lugar en que lo arrojó tu ingratitude y tu fiereza: ahí te quedan su espada, su arco y sus saetas, y sus vestiduras, y su capacete, y su calzado: sentó plaza en otro ejército mejor que tu compañía de guardias: ¡tú le deshonraste en vida, como en muerte; en suplicio como en sepultura! ¡Lucina sabrá honrarle, colocándole en las Catacumbas, á los pies de San Pedro y San Pablo!

¡Salud, invicto soldado de Cristo! ¡Tus compañeros de armas te abrazan en el Cielo! ¡Tu nombre se dilata glorioso en la tierra! ¡Serás Santo popular, y la peste cederá ante ti, y se multiplicarán los votos de las villas, de las ciudades y de las aldeas, ante la multitud y grandeza de tus prodigios, porque como verdadero Apóstol, te ha sido dada la gracia especial de la salud y de las curaciones! ¡El primer navegante que dé la

vuelta al mundo, en pacífica y gloriosa navegación, se llamará Sebastián Elcano! ¡El primer esclavo, libre, en el arte, y por el arte, será el criado de Murillo, y tomará el nombre de Sebastián, conocido en la Historia por Sebastián Gómez, el Mulato de Murillo, émulo de las glorias de su renombrado maestro! ¡Y el Rey mártir, el imitador de San Fernando y de San Luis, que muere gloriosamente en las costas de Mazalquivir, peleando con los enemigos de Cristo, se llamará D. Sebastián de Portugal, y figurará dignamente en la cronología de los monarcas lusitanos!

Míranos ahora tú, capitán esforzado de la milicia de Cristo, desde lo más elevado de tu trono, á nosotros, pobres, cobardes, miserables desertores de nuestras banderas, vendidos al placer y al interés, despojados de nuestras armas, arrojados de nuestras tiendas: llévanos, si es preciso, al martirio, que aunque el siglo actual no parece siglo de mártires, Dios es poderoso para suscitar verdaderos hijos de Abraham, de las mismas piedras de este desierto valle de lágrimas y de amarguras; protege á la Iglesia Católica, en los presentes días de lucha y de prueba: cúbreala con tu escudo, y á sus devotos, y al pueblo cristiano todo, en fin, para que despreciando las saetas del placer, que nos aseñan sin cesar nuestros adversarios eternos é infatigables, y, si preciso fuera, los tormentos y la muerte misma, como valerosos soldados de Jesucristo, podamos algún día, roto el arco, la espada y las saetas, quemado el broquel y alejada para siempre la guerra, ideal de Satán, reinar para siempre con Dios, que es la paz, y la fortaleza, y el descanso eterno en el Cielo.—Amén.

PLAN DEL SERMÓN DE SAN SEBASTIÁN.

*Arcum conteret, et confringet arma,
et scuta comburet igni.*

Hará trizas el arco, y quebrará las
armas, y quemará al fuego los es-
cudos.

(Ps. 45, v. 10.)

Exordio. Los gigantes.—La guerra.—La fuerza bruta.—La opresión.—El derecho del más fuerte.—Nemrod.—San Olao y el pirata noruego.—La fuerza física.—Los brutos.—Los héroes.—El Evangelio.—La profecía de Isaías sobre la paz.—El Bautista y los soldados.—Los monjes militares.—La guerra justa.—Sebastián.

Proposición. El soldado cristiano en la paz, apoyado en la fortaleza de Cristo.

La Fabiola.—Sebastián llevando la paz á las cárceles.—Los milagros.—Las curaciones.—Señales de apostolado.—Aparición de Jesucristo á Sebastián, dándole la paz.—Mártires confirmados en la fe por el soldado mártir.—La familia de Tranquilino.—La de Cromacio y sus esclavos libres.—La persecución.—Sus víctimas.—Sebastián sobre el campo de batalla acusado al emperador por un apóstata.—Confiesa á Jesucristo ante Diocleciano, y reitera su fidelidad y la de los cristianos al Imperio.—Furor del tirano.—Crueldad del suplicio de las saetas.—Fortaleza del Mártir.—Es recogido por Irene.—Su reaparición ante Diocleciano.—Terror y furor de éste.—Su último suplicio y sepultura.—Invocación á San Sebastián.—Santo popular.—Abogado en epidemias.—Votos de los pueblos.—Sebastianes célebres.—Elcano.—El Mulato de Murillo.—D. Sebastián de Portugal.—Súplica al Santo Mártir.